

Multiculturalismo y democracia en Europa

GUY HERMET

Como elemento fundamental de lo que podría llegar a ser un nuevo pacto social, no cabe duda de que el multiculturalismo va en contra del principio histórico y práctico de la democracia europea, tal como se ha construido en los hechos, y hay que destacarlo de entrada. Pero es conveniente también agregar de inmediato que no hay por qué lamentarse forzosamente de esta incompatibilidad en la medida en que uno podía y podría aún declararse demócrata sin referirse por ello a la lógica completamente republicana de los regímenes representativos clásicos. No obstante, en el nivel de sus valores de referencia y de su instrumentación política, es cierto que, aparte de la excepción helvética, las antiguas democracias europeas se han basado en una visión unitaria en total contradicción con el elogio de la diferencia que rige la ideología multicultural.

Este postulado de una unidad que se da por adquirida o que se ha de construir se basa en tres consideraciones independiente. En primer lugar, en la convicción de que existe para cada pueblo un interés general objetivable; en segundo lugar, en la idea de que el sentimiento mayoritario expresado por ese pueblo define ese interés y, por último, en la tercera idea que ha hecho que se admita que ese pueblo "soberano" tenga que circunscribirse necesariamente a los límites de una comunidad política que al principio no era más que la de las naciones-Estado en gestación (a su vez, herederas directas de los Estados monárquicos). Vemos que el primer principio de fusión, de naturaleza moral, va a la par con un segundo elemento que resulta ser totalmente de otro orden en la medida en que sigue siendo puramente procesal y contingente y que, en última instancia, desemboca en una paradoja que obstaculiza en la raíz la efectividad de una soberanía popular siempre sometida a una obligación de obediencia inmutable en lo que concierne a lo esencial, es decir, la identificación de los gobernados con los gobernantes.

Esto explica que los dos términos de ciudadanía y de nacionalidad sean imposibles de disociar en Europa occidental. En el caso más común, no se puede ser ciudadano con plenos derechos en el seno de una comunidad política

sin ser al mismo tiempo nacional de un Estado que se arroga por sí solo el derecho a definir esa comunidad. En esta lógica de no opción, la ciudadanía remite a lo sumo a nociones de derecho y de lealtad, en tanto que la nacionalidad sugiere más bien la protección recibida así como una situación de dependencia asociada a un sentimiento de pertenencia que funda la solidaridad nacional, solidaridad entendida como un intento de reciprocidad por parte de los miembros de la comunidad política e interpretada como una condición de buen "gobierno" por los que detentan el poder. A esto se agrega la peculiaridad en cierta manera represiva que Jürgen Habermas deplora en particular: la que exige del buen "ciudadano nacional" que haga de esta cualidad generalmente natal e independiente de su voluntad el elemento casi único de su identidad pública, que le dé incluso prioridad sobre las otras características más íntimas o, al contrario, menos localistas de su personalidad global. A fin de cuentas, la universalidad tan reivindicada del modelo que ofrecen las antiguas democracias nacionales no reside más que en la vocación

universal que otorga a este tipo de encarcelamiento suave. Tanto el particularismo restringido —subnacional— como el cosmopolitismo son los enemigos de las democracias europeas tal como éstas nacieron. En cuanto a Europa, el particularismo y el cosmopolitismo la toman desprevenida....

¿Pero hay que hacer del multiculturalismo uno de los principios desafiantes que se plantean a la hipotética democracia europea del futuro? Aplicar el mismo concepto de multiculturalismo a los dos casos, al de los naturales de las democracias europeas y al de los inmigrantes más o menos recientes de fuera de Europa, en realidad contribuye a nublar la realidad. Vamos a dar un ejemplo. ¿Cómo es posible, en nombre de un multiculturalismo beatífico, captar de la misma manera la reciente instalación de una colonia musulmana en Tourcoing y la estrecha vecindad histórica y cultural de esta población del norte de Francia con la población belga de Mouscron? Más valdría considerar que la instalación en Tourcoing o en otro lugar de grupos de inmigrantes desde hace dos o tres décadas únicamente tiene que ver sin duda con la problemática multiculturalista; mientras que, en cambio, la yuxtaposición en Europa de conjuntos humanos y políticos claramente territorializados desde hace siglos se ha de contemplar a través de otro tipo de análisis (¿pluricultural?), al que se trataría también de denominar de otra manera (¿pluriculturalismo?) para evitar las confusiones. Multiculturalismo, pues, cuando se trata por una parte de poblaciones nuevas dispersas y aún móviles en toda Europa y, por otra parte, de los escasos lugares de coexistencia secular inmediata entre grupos lingüísticos diferentes, en Bruselas, Viena, Friburgo o Barcelona en particular, o también en Alsacia, en el País de Gales, en Frisia, en el Tirol del sur y en el Valle de Aosta. Pero "pluriculturalismo" en cambio, en lo que en este caso se refiere al hecho dominante y, sobre todo, a la cuestión principal que hay que resolver en la perspectiva de una democracia europea que sólo puede fundarse en una conciliación de las antiguas identidades nacionales con una nueva identidad pública o cívica, tal vez destinada a superarlas en un momento dado. Identidad que lo más simple sería probablemente llamar confederal, si este adjetivo no fuera mal recibido por los que contemplan con prevención el anuncio de una ciudadanía que rebase las fronteras del país en el que han efectuado su aprendizaje de políticos o de líderes de la opinión.

Si llega a nacer, el pueblo soberano de Europa no será multicultural por una razón precisa: no se definirá primordialmente en función de las políticas de integración de los inmigrados de fuera de Europa que han llegado a ella. Será pluricultural. Es decir, lingüística, cultural y políticamente compuesto sin llegar a ser mezclado o mestizo por ello, configurado no tanto por los amplios movimientos migratorios internos que no son previsibles, como por la persistencia de sus fronteras "étnicas" en el sentido débil. Fronteras con frecuencia anteriores al desarrollo de las naciones Estado, que seguirán estables a pesar del cambio de categoría jerárquica de las líneas punteadas que separan a estas últimas en los mapas, así como por la ampliación progresiva del horizonte mental de los europeos. Además, imaginando que a partir de ahora sea concebible asignar un valor rector a la comunidad política plural que formarán los europeos, se estará de acuerdo en pensar que no podría inscribirse más que en una constatación sublimada de esta diversidad, combinada con un pasaje paralelo de la democracia de unidad de tipo nacional a una democracia de tolerancia y de diferencia.

Queda entonces por saber cuál podría ser la naturaleza de la comunidad política a la que esos europeos todavía bastante imaginarios se incorporarían. Lo mismo que a propósito del multiculturalismo, aquí aparece de nuevo que hay comunidad y comunidades:

una pública o cívica, de futuros confederados que no habrán cambiado de lugar en lo esencial, y las otras privadas si se quiere aunque muy poco individualistas, producto de la movilidad de los miembros de grupos de origen extraeuropeo que reivindicarán un derecho a la diferencia de alguna manera transversal y territorial. La primera es la comunidad clásica de los gobernados tal como la comprendía Hobbes ya en el siglo XVII en su *Leviatán*, bastante abstracta o jurídica, pero igualmente irrevocable a partir del momento en que se llegue al nuevo pacto social, europeo en este caso.' En cambio, las comunidades del segundo tipo no tienen nada que ver con este pacto. Derivadas en teoría de la distinción comunidad/sociedad realizada por Ferdinand Tönnies, se basan en la vinculación a particularismos que engendran prácticamente ellos solos las identidades de sus miembros y que ignoran tanto las vinculaciones territoriales como la irrevocabilidad de una lealtad política.

Estas reflexiones puramente intelectuales dejan de todas maneras lamentablemente de lado los aspectos más concretos de un proyecto europeo de construcción democrática. O más bien, lo que ahora importa es atravesarlos con posibles avances. Todos coinciden en calcular que poner en marcha este proyecto supone muy en especial que se configure previamente un espacio público europeo digno de este nombre; es decir, que el debate público comunitario interese a casi centenas de millones de personas. En este plano, sería ilusorio contar mucho con los discursos edificantes de los predicadores de Bruselas o de otras partes y un poco más, excepto en el caso de las minorías, con la toma de conciencia de las apuestas tangibles contenidas, por ejemplo, en las políticas comunes en materia de agricultura, de protección del medio ambiente o hasta de inmigración. En cambio, es un error no ver que la próxima instauración de la moneda europea corre el riesgo de trastornar el estado de ánimo de todos, tanto en el plano práctico como en el plano simbólico. Sin que se diga de esta manera, la resistencia que oponen a esta instauración los fieles a las antiguas democracias nacionales atestigua el impacto que se le concede de antemano.

Esta conjetura optimista, para los que la toman como tal, tiene su contrapeso en otras observaciones mucho más ambiguas. La más general se relaciona con la globalización de una lógica de mercado mundial que parece hacer de la futura soberanía europea algo tan caduco como la de los Estados existentes incluso antes de que haya entrado verdaderamente en los hechos. De lo anterior resulta que algunos tienen una reacción de repliegue a los reductos nacionales y otros, sobre todo en Gran Bretaña, un escepticismo muy claro respecto a si el proceso europeo está bien fundado. Por lo demás, hay varios retos internos de Europa que no dejan de intimidar. En primera fila está el problema que plantea la territorialización de sus diferentes identidades lingüísticas y culturales. ¿Se convertirá Europa en una vasta Bélgica enervada por antagonismos regidos casi metro por metro?, ¿o el lugar de residencia quita toda facultad de elección de identidad al individuo? ¿O bien tomará prestados algunos elementos del sueño de los austromarxistas de antes de 1914, preocupados por inventar un nuevo imperio austrohúngaro en el que una ciudadanía compartida no habría impedido que cada quien gozara en cualquier lugar que se encontrara de todas las facilidades escolares y otras conformes a su pertenencia libremente determinada (pertenencia que se llama nacionalidad)? La primera hipótesis es desafortunadamente la más probable porque el tratamiento que se reserva a las minorías de origen extraeuropeo se incorpora a esta cuestión.

Estas minorías, que ya constituyen un tema de discordia en cada país, en un plazo más o menos largo acarrearán discordias suplementarias en el ámbito europeo. Si se aborda el problema con ánimo positivo, las minorías tienen todas las cartas en la mano para hacer

a los europeos más precoces y convencidos en la medida en que no sufren las trabas de los lazos nacionales de las poblaciones de origen y disponen de redes transfronterizas que les alientan a ir de un país a otro.' Pero si se aborda el tema con ánimo negativo, este avance podría incluso provocar los celos y un rechazo creciente en el grueso de las poblaciones, alimentando como en Canadá, en el caso de Quebec, conflictos entre los países miembros de la Unión, en el caso previsible de que los grupos de origen extraeuropeo privilegiaran una o dos lenguas o culturas nacionales con preferencia sobre las otras. Con

ello, el conflicto podría llegar en último término al nivel de un choque frontal entre dos concepciones de la democracia europea, una pluricultural y transnacional en la perspectiva ya esbozada, y la otra cosmopolita y posnacional al estilo de Yasemin Soysal.

Aun cuando el triunfo de la primera concepción parece el más plausible, su probabilidad no agota por ello el debate. Si llega algún día a tomar cuerpo, la "eurocultura" tiene muchas posibilidades de invertir por mucho tiempo el orden recíproco reconocido de la identidad pública y de las identidades privadas. En el modelo republicano en particular, la identidad común del ciudadano estaba colocada en primer plano y, en consecuencia, por encima de las múltiples identidades privadas consideradas subalternas y destinadas a plegarse en nombre justamente del civismo ante la voluntad general. Ahora bien, se podría apostar a que esta precedencia ya no podría mantenerse en un marco en el que las identidades privadas incluyeran siempre el sentimiento de pertenencia nacional no solamente a un país, sino también a una cultura específica que antes pasaba inadvertida. Todo lo contrario, las identidades privadas y las pertenencias nacionales dopadas con este fortificante cultural tenderían a llevarlo con bastante amplitud a una identidad cívica europea reducida a una simple lealtad de comodidad a un "gobierno de servicio" central. No quedaría entonces más que un medio de compensar esta especie de deterioro: el que, siguiendo un poco el patrón helvético, conduciría a los naturales de la Unión Europea a dejar de considerarse los beneficiarios reconocidos de los derechos políticos y sociales concedidos por un Estado benévolo y empezaran a considerarse los propietarios de su ciudadanía a título individual más que nacional, en tanto que facultad personal soberana y superior a todas las demás. Si esta hipótesis se cumpliera, la democracia europea marcaría un avance decisivo.

Traducción: Isabel Vericat.

1 La expresión "pluriculturalismo" presenta sin duda el inconveniente de haber precedido, entre más o menos 1915 y los años sesenta, a la de multiculturalismo en los Estados Unidos, con el mismo sentido por añadidura. Esta confusión original no parece muy molesta en la medida en que en la actualidad está olvidada.

2 El pacto precedente de los franceses estipulaba que la República era "una e indivisible".

3. Aludiendo un poco a los judíos instruidos del Imperio Austrohúngaro cuyo emperador Francisco José afirmaba que ellos tenían a los mejores.

El autor es director de investigaciones del Centro de Investigaciones Internacionales de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de París y director de Estudios en el Instituto de Estudios Políticos de París ("Sciences Po Paris", Fundación Nacional de Ciencias Políticas). También es vicepresidente de Médicos sin Fronteras. Es

especialista en política comparada y trabaja fundamentalmente sobre los orígenes y el desarrollo de los regímenes democráticos en Europa, América Latina y los antiguos países comunistas. Entre sus últimos trabajos están: *Le pasage á la démocratie*, Presses de Sciences Po, París, 1996, e *Histoire des nation et du nationalism en Europe*, Le Seuil, Paris, 1996. Tiene también varios trabajos publicados en español por el Fondo de Cultura Económica